ULTIMAS INDAGACIONES EN TORNO A LA VERDADERA PERSONALIDAD DE SILVESTRE PARADOX

Hace seis meses heredé una biblioteca. No se trataba, desgraciadamente, de nada excepcional. Unos centenares de volúmenes cuidadosamente heterogéneos que demostraban una notable versatilidad en las inquietudes de su propietario, las cuales parecían extenderse desde la colombofilia a la obra de Ildefonso Guépin, pasando por un tratado sobre el gasógeno y varios tomos de novelas de don Pío Baroja. Fueron estas obras las que llamaron antes que nada mi atención, ya que se trataba de un buen lote de primeras ediciones. Además, los títulos pertenecían a la época más joven del autor, por lo que pensé que el dueño anterior de mi biblioteca había sido lector apasionado de don Pío, al menos en los comienzos de su carrera. Estaban allí reunidas la edición de Henrich de *El mayorazgo de Labraz,* la de Fernando Fe de *La busca* y las de Rodríguez Serra de los *Idilios vascos* y las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.*

Fue al ojear este último volumen cuando hice el descubrimiento que me ha proporcionado todos los quebraderos de cabeza de estos meses. El libro estaba autografiado por Pío Baroja, aunque en él no figuraba ninguna dedicatoria. Aquello me produjo cierta alegría de bibliófilo. Pero mayor fue la sorpresa cuando, al abrirlo por las páginas centrales, descubrí una tras otra hasta tres cartas que habían sido olvidadas o guardadas entre aquellas páginas. Todas iban dirigidas al autor de la obra. Decidí reservarme su lectura hasta la noche, y durante todo el resto del día no pude pensar en otra cosa. Trabajé como un zombi y después de cenar me encerré en mi gabinete con abundante provisión de coñac y cigarrillos para dedicarme a la lectura minuciosa de aquellos papeles amarillentos y encantadores.

La primera carta decía así:

Sr. D. Pío Baroja y Nessi
Interior.

Muy señor mío y de mi mayor consideración:

Vengo de leer, en estas fechas, su obra «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox». El libro me ha parecido bien, con algunas excepciones que le paso a señalar. Me ha sido bien patente

la amistad que le unía a Vd. con mi primo Silvestre y sé también de su acuerdo para no modificar ni el nombre ni el apellido de mi pariente, haciéndolo pasar por un personaje de pura ficción. Como Vd. sabe, mi primo pasó a la América del Norte hace dos años y, por sus noticias hasta el presente, no parece probable que regrese a España en un plazo breve. Sabrá Vd. además que Silvestre casó en Baltimore el pasado año y lleva una vida feliz. Le diré también que le he remitido un ejemplar de su libro, que confío le parezca bien.

El que Vd., señor Baroja, haya pintado a mi primo como un personaje excéntrico y pintoresco no me parece mal, puesto que hace honor a la verdad. Sin embargo, y aunque no me ataña directamente (ya que el apellido Paradox es el segundo de los míos), deseo hacerle algunas precisiones. Según he sabido recientemente, el origen de nuestro apellido no se encuentra en ninguna de las fuentes que de modo tan novelesco cita Vd. Ni el buhonero francés Paradoux, ni el filósofo calagurritano Paradoxus, ni los Prados de Calahorra son origen de nuestro apellido. Nada tenemos que ver con esa villa de Calahorra, tan famosa por sus pimientos. Antes bien, el apellido es de origen aragonés y, según mis informes, proviene del siguiente suceso: Corría el siglo XV cuando, hallándose el Rey de Aragón en trance de ser preso por los castellanos durante el curso de una batalla, un caballero aragonés consiguió acercarse hasta él, combatiendo contra doce de los castellanos hasta que la guardia real pudo acudir en su ayuda y poner en fuga a los enemigos. El Rey, admirado del coraje de su defensor, púsole una mano en el hombro mientras le decía: «Bravo soys, cavallero, para doze.» Desde aquel momento el caballero quedó nombrado Paradoze o Paradoce en recuerdo de su hazaña. Ese Paradoce, andando el tiempo, se convirtió en el Paradox actual.

Hago esta precisión porque, reconocerá Vd., señor Baroja, que el hecho de llevar el mismo apellido que el héroe de su novela me autoriza a ello, si bien no entro ni salgo en el trato que hace Vd. de la figura de mi primo, el cual es muy dueño de convertirse en un personaje folletinesco si así le place.

Mande como guste a su servidor y amigo,

BALDOMERO FONTANT Y PARADOX

S/c., Madrid, miércoles 15 de noviembre 902.
Hermosilla, 44.

Tras esta lectura, y como comprobación somera, consulté las páginas que don Ramón Menéndez Pidal dedica a la pronunciación antigua

en su *Manual de Gramática Histórica Española* (1). Allí, en la página 115, figura una nota en la que se aclara:

> El aragonés de Énguera, Anna y Navarrés distingue la *s* sorda *(passar)* de la sonora *z* (casa, rabosa «raposa»)...; tiene una z sonora=ẓ, pero, según informes, la usa indistintamente en vez de la *z* o *ç* antiguas (dize, plaza)...

Según esto, pues, una probable evolución del Paradoze en Aragón, podría dar Paradoçe > Paradoss > Paradox, por lo que tal punto de la carta resultaba plausible. Esto hacía suponer, además, que la totalidad de la carta podría tener también un origen auténtico.

Algo excitado con este principio, pasé a leer la segunda carta, cuyo texto, mucho más breve, era el siguiente:

Sr. D. Pío Baroja
Mendizábal, 34 — *Madrid, 4 de julio de 1917*
Madrid

Muy señor mío:

Le comunico por la presente que, para un asunto de común interés relacionado con la persona de Silvestre Paradox, me personaré en su domicilio pasado mañana, a las cuatro en punto de la tarde.

Le ruego encarecidamente que a tales fecha y hora se encuentre usted en su casa, pues de su ausencia podrían derivarse consecuencias en extremo desagradables para su reputación literaria.

Le saluda atentamente,

Leopoldo F. de la Cueva

Al examinar la tercera carta, advertí que su grafía era idéntica a la anterior, de manera que procedí a leerla a continuación.

Sr. D. Pío Baroja
C/ Mendizábal, 34 — *Madrid, 7 de julio de 1917*
Madrid

Sr. Baroja:

Su ausencia de ayer, a pesar de haberle advertido por correo de mi visita, me pone en la penosa obligación de comunicarle lo siguiente:

(1) R. Menéndez Pidal: *Manual de Gramática Histórica Española.* Sexta edición. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1940.

Por determinadas circunstancias que no hacen al caso, ha llegado a mi conocimiento que el protagonista de dos de sus novelas, concretamente Silvestre Paradox, no es un personaje de ficción, sino una persona de carne y hueso ausente de España desde hace diecisiete años.

Tanto los críticos literarios como esa referida persona se encontrarían con una desagradable sorpresa al conocer que su pretendida creación no lo es tal, sino la mera reseña biográfica de un hombre que usted, merced a una artimaña literaria, se ha ocupado muy bien de disfrazar, haciéndolo pasar como ficticio al mismo tiempo que lo reconoce como real.

Mi situación económica pasa, en el presente, por una grave crisis. No dudo, señor Baroja, que daría usted por bien empleada la inversión de unos duros a cambio del silencio acerca de esta «mixtificación».

El próximo martes me encontrará usted en el Café Oriental a las once de la mañana. Estaré sentado a la tercera mesa de la derecha.

Si tampoco entonces acude usted, entenderé que puedo dar a la luz pública mis informes.

Le saluda atentamente,

LEOPOLDO F. DE LA CUEVA

Cuando hube leído las tres cartas, comprendí que la casualidad me hacía depositario de una rara información: Silvestre Paradox había tenido una personalidad real y Baroja ni siquiera se había molestado en disfrazar su nombre.

Aquello resultaba un poco absurdo, pues Silvestre Paradox difílmente podría encajar en la realidad. Tan fabuloso, grotesco y disparatado individuo estaba bien como la creación literaria de un hombre de talento e imaginación. Pero de ahí a pensar que aquel personaje pudiera tener un correlato en la vida real había un abismo.

Algún biógrafo de Baroja supone que éste sacó a Paradox de ciertos individuos pintorescos que visitaban la industria familiar. Por otra parte, en las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* aparecen referencias demasiado concretas. Así, por ejemplo, cuando el protagonista visita a los dos hermanos dueños de una panadería (pintor el uno y médico el otro). Recuérdese también que el libro concluye con un viaje de Silvestre Paradox y su amigo Diz a Burjasot, pueblo éste tan vinculado con Baroja.

Sea como fuere, y dejando en suspenso la averiguación del porqué habían sido guardadas las cartas en aquel libro —hecho que ahora quizá

podría explicar mejor (2)—, decidí comenzar mis investigaciones sobre el asunto. Y aunque la curiosidad me picaba un tanto, la razón me inclinaba a creer que en la actualidad nada podría ya llegar a saber sobre los firmantes de unas cartas en cuya veracidad había yo dado en creer a pies juntillas.

Tenía unos datos: un nombre, una fecha, una dirección. Mis primeras pesquisas habrían de iniciarse por ahí. De manera que a la mañana siguiente me encaminé al número 44 de la calle de Hermosilla.

En ese número, que hace semiesquina con Núñez de Balboa, se levanta hoy una casa de cinco pisos, con miradores acristalados y amplios balcones. Tras una entrevista con los porteros del inmueble, llegué a la conclusión de que el edificio tendría a lo sumo entre cincuenta y sesenta años. De modo que aquélla no podía ser la misma casa donde viviera Baldomero Fontant y Paradox en 1902. Como esto no aclaraba nada, me dirigí en último recurso a la parroquia a que pertenecía la finca, que resultó ser la de la Concepción.

Cuando en la Concepción empecé a hacer preguntas sobre fechas y archivos, me remitieron a la parroquia de San José, donde se encuentran los documentos de aquélla anteriores a 1891. Yo, que buscaba a ciegas, dejé los apellidos Fontant-Paradox a cargo de un burocratiquísimo sacristán y me trasladé a San José. Por el camino se me ocurrió que sería una buena idea preguntarme qué era lo que realmente estaba buscando. Y decidí que no estaría mal encontrar la partida de nacimiento de don Baldomero, por ejemplo. Había que suponer, naturalmente, que ese señor había existido y había nacido en Madrid, en la calle de Hermosilla y en una casa que ya ni siquiera existía.

Según mis cálculos (o mejor, mis intuiciones), si don Baldomero era primo de Silvestre Paradox, nacería entre los años cuarenta y sesenta del pasado siglo. Durante todo el resto del día me dediqué a revolver en la Concepción los libros de esos años en compañía de un ancianísimo y amarillento sacristán. Tanto polvo tragado obtuvo su recompensa. En el libro correspondiente al año 1857, el 15 de septiembre, martes, había sido bautizado un niño nacido el domingo 6 de ese

(2) Probablemente, el libro en cuestión perteneciera al propio Baroja. De ese modo se explicaría el autógrafo de la primera página y, además, se podría suponer que don Pío utilizara el volumen como *archivo del caso Paradox*, guardando entre sus páginas (mejor que en ningún sitio, pues al libro mismo se referían las cartas), los documentos conectados con el asunto. En contra de tal hipótesis, está la dilatada distancia que separa a las cartas en el tiempo —quince años—, pues parece poco probable que nadie recuerde nada de una carta quince años después de recibida, y mucho menos el lugar donde la guardó. Lo que no se podrá saber nunca son los medios por los que llegó a manos del dueño anterior de mi biblioteca un libro que el autor conservaba quizá como muestra personal de su obra. Pero este punto no me preocupa en lo más mínimo. Confío en que tampoco le preocupe a usted.

mismo mes, con los nombres de Baldomero Benito Pelayo de los Remedios, hijo de Fabián Fontant Smith y de Jerónima Paradox y Navarro. Tomé apresuradamente los datos y salí a la calle por la puertecita de Marqués de Valdeiglesias.

Ahora tenía datos suficientes y pruebas irrefutables para asegurar que don Baldomero Fontant y Paradox había existido. Y disponía además de una carta suya en la que mencionaba a su primo Silvestre reconociéndolo como amigo de Baroja. Estaba yo, a esas alturas, seguro de que Silvestre Paradox correspondía a un personaje real que Baroja llegó a tratar. Pero no sabía nada de su vida y, por tanto, tampoco podía calibrar cuánto de realidad y cuánto de invención había en el primer libro que don Pío escribiera sobre él. No me cabía duda, claro está, de que el segundo *Paradox, rey* carecía de toda base real y había sido compuesto como una fantasía sobre el personaje creado anteriormente. Por otra parte, y si creía lo que se decía en la carta de don Baldomero, Silvestre se encontraba ya en los Estados Unidos cuando Baroja escribió la segunda obra en torno a su persona.

El primer día de investigación había dado un magnífico resultado. Regresé a casa dando un paseo por el Madrid de la primavera, que ni siquiera las atrocidades urbanísticas y la polución atmosférica consiguen estrangular.

Pero aquello no era sino una pequeña parte de todo el asunto. Quedaban otras dos cartas (una de ellas consistía en un descarado intento de chantaje) firmadas por un desconocido, cuya identidad resultaba mucho más difícil de establecer. El tal individuo no había tenido ningún empacho en firmar sus cartas, pero ahora, casi sesenta años después, ¿cómo investigar sobre él? ¿De qué datos disponía, excluyendo su nombre? De ninguno. Era una figura hundida en lo que llaman «las sombras del pasado».

Se me ocurrió pensar en los censos. Pero desistí de inmediato al comprender la magnitud de la búsqueda que hubiera sido preciso efectuar y al reflexionar sobre la pobreza de sus resultados.

Dos semanas más tarde ocurrió algo completamente inesperado que vino a facilitarme toda la investigación. Una mañana recibí una llamada telefónica del sacristán de la parroquia de la Concepción informándome de que había encontrado ciertos datos que quizá me fueran de algún interés.

Fui a visitarle, y el hombre me alargó indiferente unas notas tomadas a mano sobre los apellidos que dos semana antes le diera. Desde el primer momento comprendí que aquel papel suponía una clave

fundamental para mis pesquisas. Allí estaba todo. El papel, escrito con una apresurada caligrafía, contenía los siguientes datos:

Fontant y Paradoz, Baldomero.

Mat. el 8.3.1893 con D.ª Concepción de la Cueva.
Primer hijo: Isabel Genoveva. *Baut. 16.4.94*
Segundo hijo: Leopoldo Carlos. » *12.3.95*
Tercer hijo: Paulina Angustias. » *3.7.99*

Fallecido: 7.8.1917

Y, por si fuera poco, al dorso del papel encontré esta nota complementaria:

Paulina Angustias Fontant de la Cueva.
Hermana del Carmelo. Sor Angustias.
Votos: 6. 9. 1925.

Curioso, pregunté cómo era posible que constara en los archivos la profesión religiosa de Paulina Angustias. Me respondió el sacristán explicando que un párroco antiguo, muy celoso de las vocaciones religiosas de sus feligreses, las hacía inscribir en libro aparte y después anotaba una pequeña señal sobre la partida de bautismo correspondiente.

Recompensé tanta minuciosidad en la medida de mis posibilidades y me dirigí a casa para cotejar todos los datos.

Naturalmente, había comprendido en seguida que el remitente de las dos cartas que sobre Paradox recibiera Baroja en 1917, no era otro que el propio hijo de don Baldomero, Leopoldo Fontant de la Cueva, quien había firmado con la inicial de su primer apellido quizá por costumbre, quizá porque sospechara que su padre y don Pío habían mantenido alguna relación anterior.

Leopoldo contaría actualmente setenta y siete años en caso de seguir vivo. Esta idea de que podía seguir vivo y comunicarme algún dato sobre el primo de su padre me animó. De manera que decidí averiguar por todos los medios a mi alcance lo que había sido de aquel sujeto.

Esta vez tenía una pista fija: Sor Angustias. No describiré aquí las fatigas por las que hube de pasar antes de dar con el convento de la señorita Fontant. El asunto de la clausura parece tomárselo muy en serio todo el mundo. Al fin, en un pueblecito de la provincia de Cuenca, conseguí mantener una entrevista con la superiora del con-

vento entre cuyos muros había muerto sor Angustias cinco años atrás. A fuerza de hurgar en los buenos sentimientos y en la candidez de la hermanita, logré conseguir, mediante una historia inverosímil, la dirección a la que sor Angustias enviara periódicamente ciertos paquetitos hasta poco antes de morir. Se trataba de una dirección de Madrid. El destinatario era Leopoldo F. de la Cueva.

Regresé a la capital y, sin pérdida de tiempo, me presenté en aquella dirección. La ocupaba una casa renegrida y desconchada, con escaleras de madera gastada por el roce y un olor a varias generaciones de gatos de recia fisiología.

Me abrió la puerta una mujer, o lo que de ella quedaba a los setenta años. Dijo que Leopoldo Fontant de la Cueva vivía allí, pero que no estaba en casa. Dejé mi tarjeta y la vieja me sugirió que me acercara otra vez por allí a eso de la medianoche.

Volví a la hora indicada, y esta vez fui recibido por un anciano de ojos brillantes, camisa limpia y reumatismo articular. Tenía una voz dura, rotunda, inapropiada para su edad. Era Leopoldo Fontant.

El domicilio de Leopoldo era, simplemente, miserable. Consistía en una sola habitación aguardillada, con un colchón sobre el que se retorcían un par de mantas siniestras, un par de sillas tan achacosas como el dueño y algo así como un velador, en donde se amontonaban botellas vacías o semivacías, cáscaras de fruta de todas clases y papeles de periódico arrugado en grandes bolas.

Leopoldo era un viejo grotescamente ceremonioso. Me invitó a sentarme y me colocó delante, haciendo sitio en el velador, un gran vaso de vino oscuro que sacó del fondo de una de aquellas botellas. Acto seguido me invitó pomposamente a comunicarle el motivo de mi visita, lo que hice sin preámbulos. Llevaba preparados unos billetes, que, según supuse, contribuirían a hacer de mi interlocutor un prolijo y detallado narrador.

El viejo agarró antes de nada aquel dinero, lo guardó en el bolsillo de su pantalón y, tras echar un largo trago del vaso que había preparado para mí, me largó la siguiente perorata.

Declaración de Leopoldo Fontant de la Cueva

Aquí donde me ve, yo soy el último miembro de una familia bárbaramente atormentada por el infortunio. El benjamín de una trágica estirpe.

Mi abuelo se llamó Fabián Fontant Smith y nació en Barcelona en 1815. Hijo y nieto de militares, la carrera de las armas fue desde

su niñez la gran obsesión de su vida, solamente compartida con la idea de la democracia, que prendió en su corazón al conocer y tratar al que después fuera su líder y amigo más entrañable: Francisco de Paula Cuello. Con él conoció al gran Terradas, quien por entonces era comandante o segundo comandante del batallón de Cuello. Mi abuelo, junto a estos dos héroes de la democracia, vivió todos los azares y sucesos que culminaron el 14 de noviembre de 1842 con aquella terrorífica revolución que ensangrentó la región catalana. Cuando Van Halen entró en Barcelona, Cuello pasó a Francia y mi abuelo consiguió embarcar en un mercante italiano, que le depositó en Nápoles.

Allí se operó en él una gran transformación. Sublimando quizá su ideal democrático, entró en un período metafísico profundo, que culminó en un iluminado panteísmo. La rara combinación entre su espíritu militar y su preocupación metafísica engendró tan complejas y encontradas emociones en mi abuelo, que lo llevó a componer una obra filosófica: La pugna cosmogónica, *obra que ningún editor se atrevio a publicar y cuyo manuscrito pude yo ojear de niño alguna vez, aunque celosamente guardado por mi abuela.*

Tras el pronunciamiento de junio de 1843 regresó mi abuelo a España, y, abandonando a sus antiguos camaradas, se afincó en Madrid para dedicarse a la especulación pura. Como no se podía comer las especulaciones, adquirió un local en la carrera de San Jerónimo e instaló una churrería. Puso a su frente a un empleado de confianza, antiguo militar, y se enfrascó en sus abstracciones privadas, que algún tiempo después le llevaron a la teosofía. Según parece, frecuentó círculos verdaderamente heterodoxos, lo que le obligó en más de una ocasión a ocultar su auténtico nombre y a salir de la Corte por cierto tiempo. Por medio de uno de estos círculos conoció a la que sería su esposa, Jerónima Paradox. Mi abuela Jerónima era una mujer excepcional que muy pocos hombres de la época hubieran podido tolerar. Doña Jerónima era una hembra prefeminista. Conocía al dedillo la Constitución de los Estados Unidos y la ley que en Nueva Jersey concedía ya el voto a la mujer. Pero no era el derecho al voto lo que la inquietaba. Mi abuela defendía ya por entonces la libre paternidad y las comunidades familiares. A cada momento —ya en su ancianidad— sacaba a colación falansterios y familisterios, mezclando toda clase de utopías y disparates libertarios. Imagino que para mi abuelo no debía ser el paraíso la convivencia con ella.

En septiembre de 1868 la revolución progresista se llevó por delante a mi abuelo, cuyo prestigio entre sus antiguos compañeros se había convertido en un peligroso rencor. Quedó sola mi abuela, con su hijo Baldomero (de acreditada paternidad) y su churrería en la carrera de

San Jerónimo. Yo no comprendo cómo lo hizo, pero aquella mujer tan teórica consiguió dos importantes objetivos prácticos: vivir decentemente con una churrería y sacar adelante al cretino de su hijo. No se alarme al oírme llamar cretino a mi propio padre. El amor filial no es ciego. Además, salta a la vista que mi padre no tenía nada de excepcional. Se limitó a ir aprobando por medio de recomendaciones la carrera de Derecho, a casarse con la buena de mi madre y a abandonar a mi abuela, escandalizado sin duda por las opiniones de la pobre señora.

La cuestión es que mi abuela desapareció al tener yo poco más de cinco años y que nunca volví a oír hablar de ella. Mi padre se quedó con una carrera que no ejercía, una esposa que no hablaba y una churrería que no daba un duro. De manera que solamente encontró su oficio, su esposa y su patria en el anís y en una suerte de orgullo infatuado y solemne, con el que se expresaba siempre que no había bebido demasiado. Algunos apaños cuya índole será mejor no especificar, le permitieron alimentar a sus tres hijos. De mis dos hermanas hablaré, más adelante. Ahora hay que decir que yo, harto ya de las arbitrariedades, de las borracheras y de las broncas de mi padre, me emancipé prematuramente, y a los dieciséis años salí una mañana de mi hogar sin que nadie lamentara demasiado mi ausencia.

No le contaré mis hazañas y desventuras de aquellos años. Todos los chanchullos, todas las triquiñuelas que ofrecían la posibilidad de echar algo caliente al estómago las conocí, las cursé y me licencié bachiller en ellas. De ese modo, al cumplir los veinte me había convertido en un restacuero de primera magnitud, y quizá mi fortuna hubiera sido muy otra si por entonces yo no me hubiera enamorado de cierta dama que no me convenía en absoluto. Aquella hembra me proporcionó los ratos más felices que hasta entonces había conocido y los más amargos que nunca jamás volviera a sufrir. Pero ésa es otra historia. Bástele saber que un par de años más tarde me encontraba viviendo en la miseria más completa, a punto de ser desahuciado de mi piso y sin deseos de volver a empezar. En esas condiciones, una tarde llamaron a la puerta. Era mi hermana mayor, Isabel.

Isabel tampoco había tenido mucha suerte. Pocos años después de que yo me fuera, también ella se marchó de casa aceptando el ofrecimiento que le hiciera un boticario de la calle de la Montera. Pero parece que el trabajo no consistía más que en hacer camas que previamente había que deshacer. Mi hermana salió de allí a escape y buscó un trabajo de modista, que le duró algo más, pero que también terminó abandonando.

Cuando acudió a visitarme llevaba muchas horas sin comer decentemente. La ofrecí lo que tenía —nada— y contemplando nuestra triste situación me ocurrió la brillante idea de vender los muebles del piso (que no me pertenecían) y marcharnos de allí, donde tan desgraciado había yo sido, cada cual con la mitad del dinero que nos dieran, a empezar una nueva vida.

Para poner en práctica nuestro plan, hubimos de esperar hasta la madrugada. Isabel me ayudó a transportar los muebles por las escaleras del edificio, armando y desarmando en el mayor silencio los que resultaban demasiado grandes. No recuerdo haber trabajado tanto en toda mi vida. Al fin, a las cinco de la madrugada, teníamos casi todo lo más importante reunido en el portal. Quedaba ahora la parte más delicada del asunto. Para sacar los muebles de la casa teníamos que responder las preguntas del sereno, y el sereno sabía muy bien de mi estado económico, y sabía también que los muebles del piso pertenecían al propietario y no a mí. Si esperábamos un poco, hasta que el sereno abriera los portales y se marchara, entonces nos toparíamos ineludiblemente con el portero, lo cual sería muchísimo peor.

Después de mucho cavilar, llamé al sereno y le ofrecí la tercera parte del producto de la venta, con lo que conseguí dos cosas: impunidad y ayuda en el acarreo. Unos minutos más tarde, el sereno aparecía con un carro de mano, que no puedo imaginar de dónde salió, y a las ocho de la mañana los tres habíamos conseguido reunir todos los muebles a la puerta de una casa de compraventa. Una hora después nos despedíamos, hecho ya el reparto del botín. No volví a ver a Isabel hasta muchos años después. Y le diré que todo el trabajo de aquella noche no impidió que terminara en el msimo sitio en que el destino la había querido colocar desde el principio: deshaciendo camas y volviéndolas a hacer.

De mi otra hermana, Paulina, hay menos que decir. Impulsada por distintos motivos que los nuestros, se hizo hermana carmelita a los veintiséis años. Ignoro cómo consiguió mi dirección, pero de pronto recibí una carta suya en la que me explicaba que había profesado sus votos y me preguntaba por mi vida y milagros. Contesté a su carta y desde entonces mantuve regularmente correspondencia con ella hasta que murió, hace unos años. Creo que llegué a ser su única causa de preocupación en la vida. Me mandaba labores que yo la vendía, quedándome con todo el dinero, excepto una cantidad exigua que destinaba para comprar las materias primas de su pequeña industria, que luego enviaba yo a su convento. Ella estaba contenta haciendo eso por mí, y yo nunca tuve interés en quitárselo de la cabeza.

Pero volvamos a mí. El dinero que nos dieron por los muebles se agotó rápidamente. De nuevo volví a ser víctima de la más negra miseria. Un día, paseando mi estómago vacío por la ciudad, tropecé en un escaparate con el título de una novela: Paradox, rey. *Recordé entonces que le había oído decir alguna vez a mi padre al propósito, que tal personaje* [*que*] *se trataba en realidad de un primo suyo que marchó a América y que Pío Baroja no había hecho más que llegar a un acuerdo con él para relatar su vida en forma novelada. Aquel recuerdo se transformó en una iluminación: podría amenazar a Baroja con delatarle si no recibía dinero. Ni corto ni perezoso, puse manos a la obra. Redacté una carta en la que le avisaba de mi visita al día siguiente, dejándole entrever que se trataba de un asunto relacionado con Silvestre Paradox. Cuando llegué a su casa me recibió una señora mayor, la cual, asustada quizá por mi aspecto patibulario —llevaba varios días durmiendo al sereno y masticando ramitas de árbol por toda comida—, me sacó de la casa sin darme tiempo para nada. En la puerta me quiso poner en la mano una peseta, que yo rechacé con gesto olímpico.*

Enfurecido, apenas salí de casa de Baroja, me apresuré a escribir unas líneas que, afortunadamente, no eché al correo. Hube de esperar a la mañana siguiente para que otra noche de maceración a la intemperie dieran a mi talante una efectividad mayor y una menor agresividad. Le escribí una segunda carta, donde ponía más en claro todo el asunto y donde le proponía una cita en un lugar neutral, exactamente en un café.

Llegados el día y la hora de la segunda cita, tampoco tuvo a bien acudir el señor Baroja. A las dos horas de espera pagué mi consumición con unos céntimos que tenía reservados para casos gravísimos y salí a la calle, furibundo.

Sin embargo, no hice nada. Nada podía hacer. Hubiera sido estúpido dirigirme a un periódico para contar una historia que ni a ellos les interesaría ni yo tendría manera de probar. Nunca llegué a conocer a Silvestre Paradox. Todo lo que sabía de él, que no era nada, lo sabía por medio de mi padre. Además, no tenía ningún propósito de venganza. He sido muchas cosas y no todas santas, pero jamás he podido soportar al chantajista.

Quiso además la fortuna que unas semanas más tarde de estos sucesos muriera mi padre de repente y sin haber hecho testamento. Mi madre había muerto también tres años antes, y los pocos bienes de la familia sirvieron para que yo viera a Paulina (Isabel no estaba por entonces en España), y nos repartiéramos en buena hermandad

lo poco que había quedado. Aquello, sin embargo, me ayudó de manera definitiva. Invertí mi parte de la herencia y poco después me resultaba fácil vivir a costa de los beneficios que tan pequeña inversión me proporcionara.

Algún tiempo después puede decirse que era rico. Nunca me casé, quizá influido por el poco éxito de mi primera relación con las mujeres. Al llegar la guerra civil pude escapar de Madrid, en donde se me buscaba, y dirigirme a Sevilla, donde ofrecí mis servicios a las armas nacionales. Tras la Victoria, no me fue difícil recuperar mi posición anterior, e incluso mejorarla. Pero una inversión tan desafortunada cuanto provechosa fuera la primera, me dejó otra vez en la miseria de la noche a la mañana.

Desde entonces, y sin ánimos ya para empezar otra vez, he vivido en esta casa con una mujer que me quiere y trabaja para mí. No es muy elegante ni honroso, y sé que a usted le parecerá que, ser a los setenta y tantos años el chulo (ya ve que no me asustan las palabras) de una pobre mujer que trabaja toda la noche vendiendo cigarrillos en medio de la calle, no es precisamente un timbre de gloria. Poco me importa eso. Ya sólo aspiro a morir y a ser olvidado.

El anciano volvió a beber un trago de vino, carraspeó un poco y lió un cigarrillo. Cuando lo hubo encendido me miró directamente y dijo:

Le contaré ahora una cosa que quizá le sea más útil que el resto de mi narración. Cuando mi padre murió y yo me hice cargo de cuanto había dejado, tuve oportunidad también de leer su correspondencia privada. Había algunas cartas de su primo Silvestre y copias de las que mi padre le escribiera. Créame, Silvestre Paradox era un individuo muy raro. Mucho más de lo que Baroja llegó nunca a advertir. Facetas de su personalidad no fueron tocadas ni de refilón en los disparatados libros que sobre él escribiera ese autor. Después tuve ocasión de conocer a su propio hijo, Floreal. Paradox se casó en América y su hijo se hizo médico naturalista. Yo le conocí bastante antes de la guerra. Había venido a España para buscar esposa. No estuve con él ni media hora, porque ese tiempo fue suficiente para que ambos comprendiéramos que lo mejor que podíamos hacer era dejar de vernos. Tuve noticia de que se había casado e inmediatamente había regresado a América. Pero voy a decirle algo que le sorprenderá mucho más. El nieto de ese hombre, Floreal, se encuentra actualmente en Madrid.

Debí hacer un gesto demasiado evidente de asombro, porque Leopoldo se calló, mirándome con aquellos ojos brillantes de un modo muy

especial. Comprendí. Metí la mano en la chaqueta y le alargué otro puñado de billetes, que volvió a guardar con un gesto ágil. Inmediatamente después continuó:

Lo he sabido por el mismo muchacho. Hace dos meses llegó a este piso un joven y se identificó como nieto de Floreal Paradox. Venía buscando nada menos que unos documentos pertenecientes a mi abuela Jerónima, tía de su bisabuelo Silvestre. Como yo le dije que ni los tenía ni sabía dónde los podría encontrar a estas alturas, se despidió muy cortésmente y salió de aquí. Eso es todo cuanto sé de él.

En aquel momento se abrió la puerta de la calle para dar paso a la vieja que me había recibido por la tarde. Me echó una mirada poco amistosa, que Leopoldo interceptó y devolvió a su dueña. Comprendí que nada más había que esperar allí y, levantándome, me despedí de los ancianos.

La noche era muy fresca. O quizá yo tenía la cabeza muy caliente.

* * *

No tenía otra salida. Puse un anuncio en los periódicos:

«Si la persona que se interesa por
ciertos papeles que pertenecieron
a doña Jerónima P., viuda de Fontant,
quisiera intercambiar información
diríjase al ap. 78678 o llame al
tfno. 259 56 70.»

Dos días más tarde llegó una carta. No contenía más que un par de renglones garabateados.

«Yo soy esa persona que se interesa por los documentos.
¿Qué significa lo de "intercambiar información"?
Le espero.»

El sobre incluía un remite. Unas señas peladas, sin nombre del destinatario.

Aquellas señas correspondían a las de una casita rodeada de jardín. Llamé, pero nadie vino a abrir. Volví a llamar, pero tampoco obtuve respuesta. Iba a marcharme de allí cuando descubrí que la puerta no estaba cerrada.

Empujé. Aquella entrada daba directamente a una gran sala pintada de blanco. No había muebles, y la luz, que entraba a placer por las amplias ventanas, era reflejada en los muros vacíos. En el

suelo había un grupo de diez o doce muchachos y muchachas. Estaban sentados en la postura de yoga llamada *padmasana*.

Ninguno de ellos pareció darse cuenta de mi presencia. Tenían los ojos cerrados y se hallaban dispuestos en círculo alrededor de un muchacho vestido con una especie de sábana o túnica blanca. Pasaron unos minutos sin que me atreviera a dirigirme a nadie. Al fin, el joven que se hallaba en el centro del círculo dio dos palmadas y todos rompieron su estática actitud. Se levantaron y algunos pasaron a mi lado. Yo desentonaba bastante en el conjunto, pero ni siquiera me miraron con curiosidad. Solamente el muchacho de la túnica blanca se dirigió a mí sonriendo y me dijo:

—Tú debes ser quien quiere cambiar información —me tendió la mano y continuó—. Mi nombre es Silvestre Paradox.

Declaración de Silvestre Paradox

Siempre me ha divertido leer lo que escribió Baroja sobre mi bisabuelo. Supongo que también para don Pío fue divertido hacerlo. El primer libro está lleno de hechos reales, aunque en él no se incluyan los acontecimientos que conformaron la vida que podríamos llamar «oculta» de mi bisabuelo, esto es, los años que transcurrieron entre su llegada a París y la muerte de su tío, al que Baroja, con su vicio de apellidos vascos, llama Senén Elizabide. Todos esos datos son perfectamente ambiguos y muchos de ellos sólo han surgido al calor de la creación novelística. La mayoría están deformados y corregidos, pero buena parte de ellos tienen una base real.

Sobre esa vida oculta podrás tu mismo sacar conclusiones. Ya que tanto te interesa la historia de mi familia, pondré a tu disposición un montón de papeles y documentos que te sorprenderán.

Pero puesto que ya hemos empezado a hablar, te contaré a grandes rasgos la historia de los Paradox desde el momento en que mi bisabuelo Silvestre decidió emigrar a los Estados Unidos.

Las causas que a ello le empujaron no aparecen claras. Quizá una carta de nerviosa caligrafía femenina que podrás ojear, te dará alguna pista. Personalmente, esa carta me parece un magnífico motor para provocar en un hombre como mi bisabuelo un cambio de vida radical (3).

El caso es que para conseguir el dinero del pasaje parece ser que mi bisabuelo trabajó varios meses como buhonero por los pueblos levantinos. Vendía varios productos salutíferos de su invención, entre

(3) Esa carta se reproduce como prueba-documento núm. 1.

ellos un vermífugo cuya etiqueta conservo todavía (4). *Cuando consiguió ahorrar lo suficiente, se trasladó a Cádiz y embarcó, poniendo pie en Nueva York al amanecer de una fecha pintoresca: el primero de enero del año 1900.*

Nueva York le pareció deprimente, de manera que con el resto de sus ahoros llegó hasta Baltimore. Allí encontró trabajo en una industria de paños y también allí conoció a mi bisabuela, que se llamaba Pamela M. Wood y pertenecía a la secta de los mormones reformados, los que a la muerte de José Smith habían impugnado la poligamia. Mi bisabuelo Silvestre tenía cincuenta y tres años cuando se casó. Aquel mismo año fue padre de un varón a quien pusieron por nombre Floreal. Un año más tarde nacía una niña, a la que llamaron Leonor.

En 1904, Baltimore quedó semidestruido a causa de un incendio. El matrimonio Paradox perdió en él su casa y su trabajo, lo que les forzó a cambiar de residencia. Escogieron Missouri, lugar donde tenían su sede los mormones reformados. Desde el primer momento tuvo dificultades mi bisabuelo con los correligionarios de su esposa, dificultades que cristalizaron en una agria discusión a raíz de la cual se sucedieron varios acontecimientos: mi bisabuela abjuró de su religión y, acto seguido, toda la tribu se trasladó a la Louisiana, donde, con el resto de la modesta dote que mi bisabuela había llevado al matrimonio, fueron adquiridas unas tierras en las cercanías de Mobile.

Y allí, en «Paradox Farm», se presentó un día la buena de doña Jerónima Paradox, que pasaba ya de los setenta años. Esta señora, aburrida de soportar al idiota de su hijo, se había decidido a seguir los pasos de su sobrino Silvestre, y para ello marchó a América y siguió el rastro de los Paradox hasta dar con ellos. Rebosante de ideas libertarias, había mandado a paseo la buñolería que heredara de su marido y aparecía rejuvenecida en veinte años por aquel cambio de aires. Desde el momento de su llegada se dispuso doña Jerónima a establecer un falansterio en la modesta granja de su sobrino. Era ya un poco tarde para eso, pues el último gran intento icariano en aquellas tierras fue la New Harmony, *de Owen, que había fracasado cerca de ochenta años atrás. Pero doña Jerónima seguía inflamada por el pensamiento de los Fourier, los Andrés Borrego y los Sixto Cámara. Y mi bisabuelo, aunque al principio viera con recelo las modificaciones que su tía se proponía llevar a cabo, tomó luego la idea como cosa suya. Su esposa, convencida también por el chapurreante inglés de doña Jerónima, no puso objeciones cuando el nombre de la granja pasó de «Paradox*

(4) Prueba-documento núm. 3.

Farm» a «Fraternidad». Tampoco los puso cuando los primeros hermanos-colonos se establecieron en sus tierras, acatando desde el principio a mi bisabuelo como a una especie de patriarca y a su tía como a la misma Revelación encarnada.

Acerca de la comunidad, puedo decirte que se hizo grande y próspera en muy poco tiempo. Todos los que llegaban eran generalmente admitidos y, más tarde, el trabajo y la convivencia hacían su selección natural. Se adquirieron terrenos colindantes para ampliar los campos de labor y se levantaron nuevos edificios para albergar a los que iban llegando, a sus bestias y pertenencias. Pronto se convirtió «Fraternidad» en una floreciente colonia de más de un centenar de almas. La propiedad era común. Común el trabajo y común la diversión. Las sesiones religiosas fueron sustituidas por lecturas comentadas de la obra de Fourier, Saint-Simon y otros, e incluso alguna que otra vez, por párrafos de «La pugna cosmogónica», *título de una obra estrambótica e ingenua que compuso el buenazo del marido de doña Jerónima, antiguo liberal, militar y amigo de Abdón Terradas.*

Mi bisabuelo Silvestre se empezó a dedicar por entonces al estudio sistemático de la Astronomía. Sin duda, sus teorías sobre el Universo no eran demasiado ortodoxas ni clásicas, pero él se afirmaba cada día en ellas, esforzándose por adaptar a su letra cuantas observaciones efectuaba. También sobre esta dedicación hay testimonio escrito que podrás consultar (5).

Las gentes de los pueblos vecinos consideraban «Fraternidad» como una comunidad religiosa, de la que mi bisabuelo ocupaba el papel de sumo sacerdote. Todos los colonos vestían de la misma manera —una hopa blanca— y en todo tiempo calzaban sandalias. Un día cualquiera llegaron unos asiáticos a «Fraternidad» y se instalaron allí. El hombre, que resultó ser un yogui experto, inició en sus conocimientos a los miembros de la comunidad, y muy pronto el yoga era otro acto común más de la colonia. Mi bisabuelo pensó también en organizar un lenguaje propio para «Fraternidad». Este lenguaje los mantuvo a todos muy ocupados durante cerca de un año.

Para fijarlo, se nombró un gramático oficial, nombramiento que recayó naturalmente en la persona de mi bisabuelo. El primer trabajo que éste realizó como gramático consistió en una crónica de los sucesos de la colonia desde el momento de su fundación. El alfabeto de que se sirvió estaba compuesto por una serie de signos que mi bisabuelo gustaba llamar pictográficos. Cuando todos los miembros aprendieron

---

(5) Se refiere a la obra de Paradox: *Tratado de astronomía.*

el nuevo lenguaje, en «Fraternidad» no se volvió a escuchar jamás una palabra en un idioma diferente.

En aquel mundo los niños crecían palpando la libertad. Pero pronto se vio la necesidad de una educación extracomunitaria. Así, mi abuelo Floreal abandonó «Fraternidad» en 1919 para hacerse médico. Su primer contacto con la enseñanza le hizo comprender cuánto de mediocre, de rutinario y de hierático hay en los estudios oficiales. Abandonó, pues, esos estudios y se dedicó a la medicina natural. Poco más tarde abrazó el kneippismo, y ya no hizo otra cosa que trabajar perfeccionando dicho sistema, que tuvo oportunidad de experimentar intensamente con los colonos de «Fraternidad», de donde volvió a salir en el año 22 para dirigirse a España con el propósito de buscar esposa. Fue mi bisabuelo quien instituyó tal tradición para que nunca olvidáramos el lugar donde echaron sus raíces nuestros antepasados.

Es siguiendo esta tradición, impuesta a todos los Paradox, por lo que yo me encuentro ahora en España. Tengo otros motivos más importantes que quizá con el tiempo pueda desvelarte.

Pues bien, cuando Floreal Paradox regresó a América casado con mi abuela, Eloísa Sánchez, encontró «Fraternidad» deshecha y abandonada. El gobierno federal había tomado cartas en el asunto declarando fuera de la ley aquella comunidad. Mi abuelo quedó desolado. Sin embargo, al llegar a Mobile y hospedarse en un hotel, recibió en mano una abultada carta de mi bisabuelo. Abreviaré todas las dificultades —muchas y pintorescas— que la comunidad hubo de afrontar y te diré que los colonos se disgregaron, pero no sin consignas. Habían resuelto que cada familia creara una nueva comunidad en el lugar donde se asentara. De ese modo, varias docenas de nuevas «Fraternidad» fueron creciendo por todo el continente americano. La carta que recibió Floreal en su hotel de Mobile procedía de «Fraternidad II», fundada por el mismo Silvestre Paradox en el Canadá, muy cerca del Círculo Polar, en tierras de Baffin.

Y hacia allá se dirigió Floreal acompañado de su esposa. Por el camino se incrementó la familia con el nacimiento de un hijo, César, que fue alumbrado en pleno océano a bordo del buque que conducía a sus padres al Canadá.

Así, cuando llegó César a «Fraternidad II», Silvestre Paradox era ya abuelo. Quizá te encuentres un poco perdido cronológicamente. Todo esto sucedía en el año 1923, cuando mi bisabuelo contaba setenta y seis años de edad.

Por entonces, Baffin apenas estaba poblada por unos cientos de esquimales. «Fraternidad II» se fundó con una población de 29 personas.

Mi bisabuelo, una vez que estuvo organizada la subsistencia de la colonia —a base de pesca y caza fundamentalmente—, se dedicó a estudiar la antropometría y costumbres esquimales, y escribió una memoria sobre sus observaciones (6).

También el limpio cielo boreal le dio ocasión de proseguir con su dedicación astronómica, para lo que se construyó un telescopio casero de magnífico resultado.

A veces, llegaban hasta «Fraternidad II» enviados de las restantes colonias repartidas a lo largo del continente. Iban a llevar información y a recibir nuevas consignas. Siempre regresaban iluminados tras una entrevista con mi bisabuelo, quien se había convertido en un venerable anciano lleno de paz y de sabiduría.

Los vecinos esquimales fueron poco a poco aprendiendo y adoptando el modo de vida de la colonia, y muchos de ellos ingresaron como miembros de pleno derecho en la colectividad. Mi bisabuelo había llegado ya a dar un contenido global a su concepción del mundo cuando cumplió los noventa y ocho años, momento en el que su nieto César, segunda generación de los Paradox americanos, salió de «Fraternidad II» hacia España con ánimo de buscar esposa.

César Paradox, mi padre, es astrólogo. Quizá la ciencia astronómica de mi bisabuelo influyera en sus inquietudes. Su carácter es suave y sereno, equilibrado. Como son todos los hombres de «Fraternidad».

No te hablaré de mis padres, puesto que quizá los conozcas pronto. Te diré, sí, que yo nací en 1949 y pertenezco, por tanto, a la tercera generación. Llegué a España hace seis meses y vine, como puedes suponer, a buscar esposa. Mi bisabuelo Silvestre me despidió con un beso en la frente. Tiene ciento veinticuatro años y probablemente cumpla medio siglo más. Vive en una pequeña casa entre los hielos de «Fraternidad II», que es ahora una comunidad de más de 500 habitantes, rodeado por sus hijos y sus nietos.

Yo tengo además la misión de recorrer las comunidades hermanas de todo el mundo. Esta casa es «Fraternidad XXXIV», y aunque todavía está en embrión, aspiro a crear en ella nuestra primera comunidad de ámbito metropolitano.

También deseo reunir cuanta documentación sea posible acerca de nuestra historia y principios. Con tal fin recorro el mundo buscando papeles de todas clases, papeles que constituirán en su día la gran biblioteca-museo de «Fraternidad». Tú me has localizado sin duda por medio de Leopoldo Fontant, a quien visité para tratar de recuperar

---

(6) Se refiere a la obra de S. Paradox: *Observaciones sobre los esquimales de la tierra de Baffin.*

ciertas notas que pertenecieron a Jerónima Paradox, cuyo paradero se desconoce desde que en 1921 fuera arrasada la primera colonia.

Tal fue el testimonio de Silvestre. Se limitó después a explicarme el sistema de vida en las colonias y las experiencias de perfeccionamiento individual y dominio de la percepción a que se someten sus miembros.

Luego me mostró los documentos. Pude tenerlos en mi poder por un plazo de veinticuatro horas. Previsoramente, copié, transcribí y fotocopié tales documentos a lo largo de una jornada agotadora.

Ahora ofrezco aquí tres pequeñas muestras de tales documentos. Pienso que resultan pruebas claves de cuanto viene dicho hasta aquí. Por ese motivo he seleccionado estas tres.

PRUEBA-DOCUMENTO NÚM. 1

Carta dirigida a Silvestre Paradox con matasellos de 17 de marzo de 1899:

Caballero:

Un poderoso motivo, no ajeno por completo a la persona de Vd, me impulsa a dirigirle estas letras escritas a vuelapluma. La última vez que pudimos conversar, la presencia, ajena a toda intimidad, de Doña L., no nos permitió cruzar más que unas cuantas vaguedades. Sin embargo, en un momento dado, aquella mirada suya encontró una respuesta en mis ojos, y estoy completamente segura *de que Vd lo advirtió. En efecto —¡a qué ocultarlo más!— su presencia caballero, me agradó, o más aún, me conmovió desde el primer momento. Sé también —o confío en ello— que mi compañía no le es del todo ingrata. Por eso, caballero, el motivo de esta nota me hace sufrir. A partir de hoy, de ahora mismo, es preciso que me aparte Vd de su mente como yo le aparto de la mía, bruscamente, dolorosamente, sí, dolorosamente. No volveremos a vernos jamás. Y no se pregunte, se lo ruego, por la causa de esta decisión. Sepa Vd que algo más fuerte e ingrato que mi afición a su persona me obliga a abandonar toda esperanza. Un acontecimiento de mi pasado, que yo suponía ya definitivamente sepultado, se alza de pronto frente a mí con toda la fuerza de un coloso. Es mi Destino, que, reclamando su parte, me exige una brutal renuncia a los sueños que en un instante de alegre inconsciencia, albergué.*

No puedo decirle más. Acaso algún día comprenda cuan caro me cuesta concluir con esta carta y con todo lo que ella significa.

Atentamente,

A.

PRUEBA-DOCUMENTO NÚM. 2

Fragmento del diario de Silvestre Paradox. Este fragmento tiene interés especial por proporcionar la clave del siguiente párrafo de las

Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox, donde en el capítulo IV escribe Baroja:

> «*Persona que nos merece entero crédito nos ha asegurado haber leído hace años en una calle de Alejandría de Egipto el siguiente letrero:*
>
> *PARADOX, PIROTECNICO.*»

Ismailía, 20 de noviembre de 1869

«*El día diecisiete me despertaron muy temprano unos gritos en árabe procedentes de la escalera de la fonda. Me puse los pantalones y salí á tiempo para ver cómo mi amigo Abdul, fuera de sí, propinaba una sonora bofetada al patrón, quien, sin duda, le intentaba impedir el acceso á mi alcoba.*

Apenas me vió Abdul en lo alto del corredor, comenzó á subir las escaleras desalado mientras gritaba en todos los idiomas que conocía ó creía conocer. De su algarabía, apenas pude comprender que me llamaban del Palacio del Kedive. Abdul me sacudía por los hombros, aullaba y hacía toda clase de muecas instándome á vestirme y á ponerme en camino á toda prisa.

Confuso, terminé de vestirme auxiliado, o mejor dicho, entorpecido por mi amigo, quien, mientras yo trataba de encajarme las botas pretendía ponerme la levita. De donde resultó que perdí en vestirme mucho más tiempo del preciso.

Alrededor de una hora más tarde, llegábamos Abdul y yo al Palacio del Gobernador, donde los obreros daban todavía últimos toques á los nuevos salones de baile. Literalmente de la mano de Abdul, atravesé estancias y salones hasta llegar á una puerta pequeña ante la que mi guía me ordenó esperar. Entró él y poco después reapareció sonriente invitándome á pasar. Un alto dignatario, según adiviné, me estaba aguardando junto á una mesa atestada de frutas que comía sin cesar. Aquel frutífago, que era nada menos que el Encargado Especial del Bajá para las Fiestas de la Inauguración, me explicó en francés los motivos de mi llamada. Entre los actos programados en honor de los ilustres visitantes del Kedive, figuraba un gran castillo de fuegos artificiales, adquirido en Italia especialmente para la ocasión, que sería quemado en la noche del 19 sobre las aguas del Canal. Durante las

primeras horas de la mañana, un descuido del soldado que custodiaba el envío originó un pequeño incendio en el almacén, cuyas consecuencias son fáciles de preveer, pero no tanto de imaginar. Miles de liras volaron en un momento dentro del pequeño almacén, convirtiéndolo en un pandemónium inaudito. Los cohetes salían por las ventanas y la puerta, yendo á estrellarse contra lo primero que encontraban. Como el almacén estaba situado en pleno Zoco, el estruendo, la humareda, las chispas y los cohetes produjeron en un instante un alboroto mayúsculo. Las acémilas huyeron espantadas, llevándose por delante los puestos y tenduchos ambulantes, y los mercaderes, que ni esperaban ni comprendían todo aquello, supusieron que se trataba de algún cataclismo telúrico; mientras muchos se arrojaban al suelo temblando, otros escapaban á la carrera intentando salvar de sus mercancías lo que primero á la mano les venía.

Sin duda, el espectáculo debió ser digno de verse. Pero cuando toda la provisión pirotécnica se hubo consumido y el Encargado Especial del Bajá para las Fiestas de la Inauguración repartió varias docenas de chicotazos sobre las espaldas más cercanas, se hizo necesario pensar en la urgente sustitución del castillo. Por lo visto, todas las pesquisas del Encargado Especial para encontrar un pirotécnico en Ismailia resultaron infructuosas. Es decir, no todas, pues habiendo llegado á oídos de Abdul que en el Palacio del Kedive se buscaba ansiosamente á uno de estos profesionales, tuvo la ocurrencia de pensar en mí (imagino que esto le valdría una pequeña recompensa económica), y sin pérdida de tiempo se presentó en la fonda en que me alojaba.

A todas estas conclusiones llegué mientras el Encargado me terminaba de poner al corriente acerca de los motivos de mi llamada a Palacio. Naturalmente, lo que de mí se pretendía era, ni más ni menos, que la elaboración de un nuevo castillo de fuegos artificiales. Para ello ponían á mi disposición cuantos operarios solicitase y toda la pólvora que pudiera necesitar. El único obstáculo era que solamente tenía cuarenta y ocho horas de plazo. Desde luego, se me prometía el oro y el moro (nunca mejor dicho) si conseguía realizar mi tarea.

Comprendí, por ciertas insinuaciones, que mi renuncia no sería muy bien acogida, de manera que no se me ocurrió nada mejor que aceptar.

Inmediatamente, el Encargado Especial me condujo á una dependencia contigua al Palacio donde había reunido á más de cincuenta obreros y unos centenares de kilogramos de pólvora.

Trabajamos todo aquél día, el siguiente y el diecinueve hasta media tarde. Todavía no sé cómo, pero se consiguió reunir una notable can-

tidad de cohetes. No había gran diversidad en cuanto á los colores y tampoco estaba yo muy seguro de si subirían ó no. Las cantidades y las medidas eran por completo arbitrarias, así como los contrapesos utilizados. Cuando mis empleados terminaron de poner la última varilla y llenar el último cilindro, tomé uno de ellos al azar y subí á una de las azoteas de palacio dispuesto á hacer una prueba.

Prendí la mecha. Ardió por completo y el fuego desapareció en el interior del cartucho sin el menor síntoma de actividad. Pero cuando ya creía haber fracasado, sentí de pronto un tironcito, otro tirón más, un tercero y el cohete saltó entre mis dedos y empezó á subir primero despacio, rápido después, con un maravilloso silbido para explotar cincuenta metros más arriba con un estampido verdaderamente notable.

¡Eureka! Quizá hubiera puesto demasiada pólvora, pero mis cohetes funcionaban. Funcionaban á pedir de boca. Apenas se hubo disipado en el cielo la nubecilla de humo que produjo la explosión, cuando ví llegar al Encargado Especial corriendo hacia mí con su chilaba recogida. Al llegar, me estampó un beso en cada mejilla y me comunicó que el Kedive me recibiría al día siguiente.

Aquella noche, instalado en la terraza principal del Palacio, presencie mis *fuegos de artificio en compañía tan noble como imaginarse pueda: la Emperatriz Eugenia de Francia, el Emperador de Austria, el Kronprinz de Prusia, el Príncipe Luis de Hesse, la Princesa de Holanda y otros muchos príncipes y nobles que pudieron admirar mi trabajo. He de añadir, haciendo honor á la verdad, que todos ellos se mostraron satisfechos y alabaron mucho los fuegos.*

En el baile, al que también había sido invitado, tuve la fortuna de conocer á la Baronesa de R., y departiendo con ella de España y Baviera pasé la noche más agradable que recuerdo.

Al día siguiente, veinte, me recibió Ismail Pachá antes de zarpar para Suez. Me acogió afablemente y me mostró el texto de una placa que, según dijo, haría fijar para recuerdo perenne en una calle de Alejandría. El texto, según una traducción que me hizo el propio Bajá, decía poco más ó menos así:

> **Loor al extranjero que en apurados momentos salvó a la Patria Egipcia del oprobio, la vergüenza y el ridículo. Sea esta placa perenne recuerdo y muestra de gratitud del pueblo egipcio para con**
>
> **PARADOX, PIROTECNICO.**

Estas dos últimas palabras estaban escritas en castellano. Por cierto, con una falta de ortografía en la segunda, á la que faltaba la primera c. Se lo hice notar al Kedive, quien lo corrigió allí mismo. En cuanto á la recompensa económica, me la prometió cuando llegáramos a Suez.

Dos horas después, largábamos amarras para recorrer por vez primera los ciento sesenta y ocho kilómetros que separan el mar Rojo del Mediterráneo, á través de un canal artificial abierto por la mano y el ingenio del hombre.»

Toda esta parte se refiere en el diario al viaje que Silvestre Paradox hizo en 1869 a Egipto para realizar las crónicas de la apertura del canal de Suez. Estas crónicas no aparecieron en ningún periódico de la época, debido a razones oscuras, pues según el *Diario,* Paradox se desplazó a Egipto con los gastos pagados por uno de los periódicos más importante de la España de entonces.

La veracidad de estos hechos no admite discusión. Confróntese para ello el inglés *The Scotsman* del primero de diciembre de 1869. En la crónica enviada por Alexander Rusell está la clara referencia a los fuegos artificiales de la noche del 19. Esta crónica se encuentra recogida igualmente en el libro de J. Fisher *Eye-witness.*

PRUEBA-DOCUMENTO NÚM. 3

Reproducción de la tarjeta publicitaria del vermífugo «PARAX»:

Al día siguiente, cuando llegué a devolver todos los documentos que me prestaran en la casita con jardín, fui recibido por una muchacha vestida con ropa blanca, quien me aeguró que Silvestre Paradox se había marchado de España el día anterior. Me pidió los documentos, que yo le entregué, y recibí a cambio una tarjeta donde leí lo siguiente:

Nos volveremos a ver.
Sé que buscarás «Fraternidad II».
Hasta entonces,
S. P.

ALBERTO PORLAN

Meta Incógnita
Tierra de Baffin
CANADÁ